

# Las brujas

COSTUMBRES MONTAÑESAS

POR

D. José M. de Pereda

Con decir que el paisaje que el teatro representa en este cuadro es montañés, está dicho que es bello, en el sentido más poético de la palabra. De los detalles de él, sólo nos importa conocer un grupo ó *barriada* de ocho ó diez casas, cortadas por otros tantos patrones diferentes, pero todos del carácter peculiar á la arquitectura rural del país. Tampoco nos importa conocer toda la barriada. Para la necesaria orientación del lector, basta que éste se fije en dos casas de ella: una con portalada, solana de madera y ancho soportal, y otra enfrente, separada de la primera por un campillo ó plazuela rústica, tapizada de hierba fina, malvas, juncias y *poños*. Esta casa, que apenas merece los honores de choza, sólo descubre el lado ó fachada principal correspondiente á la plazuela: los otros tres quedan dentro de un huertecillo, protegido por un alto seto de espinos, zarzas y saúco. Los tesoros que guarda este cercado son: una parra achacosa, verde, de un solo miembro, dos manzanos tísicos y algunos *posarmos*, ó berza arborescente, diseminados por el huerto que apenas mide medio carro de tierra.

En el momento en que la contemplamos, la parra tiene media docena de racimos negros: los manzanos están en cueros vivos, y los posarmos en todo su vigor; la puerta de la casuca permanece herméticamente cerrada, y, agrupados junto á la parte más transparente del seto, hay hasta cinco chicuelos mirando al interior del huerto, todos descalzos y en pelo, con un tirante solo los más, y los calzones íntegros, los menos. El más alto es mellado; el más bajo es rubio como el pelo de una panoja; otro es gordiflón, con unos ojazos como los del buey más grande de su padre; el cuarto tiene un enorme lunar blanco en medio del cogote, y el quinto las cejas corridas y un ojo extraviado.

—¡Madre del devino Dios!—exclama el rojillo,—¡qué grande es aquel que cueiga cancia el suelo!